

sentó, cobrando solamente dos y medio francos por cada copia, la que tendrá el lector oportunidad de ver en el grabado que á su vista se encuentra.

Todos nos acomodamos violentamente, según la indicación del fotógrafo y poco quehacer le dió, estando todo terminado á la media hora. Con sumo cuidado bajamos de los pretilos donde nos habíamos situado, procurando en nada perjudicar ni causar algún destrozo, encaminándonos luego á la salida que es bien pequeña y la que resguardada está con una verja de hierro. Sin hablar casi una palabra nos fuimos retirando contentándonos sólo con dar las más finas gracias al hermanito que tan amable se había manifestado y tomando el rumbo que á la calle conduce nos encontramos con un callejón sin salida en donde vimos un pedazo de columna unido á la pared que señala el sitio donde el traidor Judas, el ingrato discípulo del Señor diera el ósculo á su Divino Maestro, llamándose ó conociéndose por el nombre de *Traición de Judas*. El hermanito Juan nos advirtió que aquí se gana indulgencia plenaria y todos besamos este lugar doblando luego las ro-

dillas y rezando la estación que el señor Obispo comenzó. Recuerdo una ocurrencia del P. Daza, boliviano, que nos acompañaba. Cuando besábamos este sitio, él se resistió y dijo: "Yo no lo beso porque aquí Judas lo hizo con su Divino Maestro." Aunque no teníamos ganas de reír, esto provocó la hilaridad y algo lo hicimos.

De aquí nos dirigimos al lugar sagrado denominado Gruta de la Agonía, donde nuestro Divino Redentor, teniendo presente la ingratitud suma y la dureza de tantos corazones por quienes tan crueles trabajos estaba sufriendo, sudó sangre la noche precedente á su injusta muerte. Para poder llegar á ella, hay que descender unos 26 escalones que conducen á un pequeño atrio situado frente al templete del glorioso sepulcro de la Santísima Virgen María; se dirige el peregrino hacia la derecha y se encuentra con un angosto callejón, por donde se llega á una pequeña puerta que tiene rejas de hierro y es la que da acceso á esta gruta. Está situada á la falda del monte Olivete. Según afirma Quaresnio, los antiguos cristianos edificaron sobre ella una iglesia, mas en la actualidad ni vestigio se

encuentra de ella; solamente se ve la gruta, á cargo de los PP. Franciscanos, quienes tienen dedicado un fraile para que todos los días vaya á celebrar el augusto sacrificio de la misa, amén del hermano lego que se encarga del aseo y de preparar todas las cosas necesarias. Es verdaderamente una gruta y conserva su forma primitiva, midiendo 11 metros de longitud por 7 ú ocho de latitud, mirándose en la parte superior, ó en el techo, como lo llamaremos, una claraboya que sirve para comunicarle luz. Tres son los altares, limpios y bien aseados y en los cuales puede celebrarse: el mayor y dos laterales; en el primero, hecho todo de mármol, se ve un primoroso cuadro que inspira gran afecto y devoción, representando al Salvador del Mundo entregado á la oración y sumergido en un mar de penas, presentándole el ángel el cáliz de la pasión. Debajo de la mesa de este altar se ve esculpida en primoroso mármol la siguiente patética inscripeión: *Hic factus est sudor ejus sicut gutta sanguinis decurrentis in terram*: "aquí fué su sudor como gotas de sangre que corría hasta la tierra." Lucas, 21.

Hay algunos restos de pinturas y mosai-

cos, los que dan testimonio de su remota antigüedad. En los días ordinarios se encuentra adornada con lámparas, floreros de mármol y un magnífico Viacrucis en azulejos, regalado por una señora de Valencia.

Saliendo de este primoroso sitio, nos encontramos luego á la derecha con una puerta bastante grande, y es la que cierra ó abre la entrada á los que deseen visitar la Basílica de la Asunción de María Santísima, situada en el mismo lugar donde fué enterrada y resucitó esta bendita y santa Señora. Esta Basílica es la misma que Constantino y su madre Santa Elena mandaron construir, exceptuando algunas modificaciones que los Cruzados hicieron, y otras que los Franciscanos llevaron á cabo después.

En el año 636, el califa Omaár se apoderó de Jerusalem y tuvo la idea de ir dos veces á orar en esta Iglesia, lo cual verificó. En 1100, los Cruzados fundaron aquí un convento de monjes benedictinos, mas convento é Iglesia fueron destruidos por los musulmanes después de la expulsión del Reino Latino, librándose tan sólo la capillita subterránea donde está el sepulcro de

la Santísima Virgen, pues aun los mismos árabes le tienen devoción. En 1362, lograron los PP. Franciscanos apoderarse legalmente de este hermoso edificio; pero después de haberlo restaurado, sufrieron miles de contratiempos por parte de los eismáticos, principalmente de los griegos, y fueron despojados villanamente de sus derechos que tenían sobre el santuario. Aquí pueden celebrar sus oficios los armenios, coptos, griegos, abisinios y sirios, menos los legítimos dueños. Ante la fachada se ve una plazuela en la que algunos aseguran fueron sepultados Merner de Grez, primo de Godofredo, y Areulfo de Anderde, muerto por los ascalonitas; el primero falleció en 1100 y el segundo en 1107, siendo este lugar un antiguo pórtico.

El frontispicio de la Iglesia es de estilo románico; en medio se abre una pequeña puerta adornada con seis columnitas estriadas que sostienen tres arcos ojivales, colocados á regular distancia el uno del otro, de tal manera, que el último llega hasta la parte superior de la pared. La puerta es de hierro y comunica con una escalera tenebrosa y bastante ancha, compuesta de cua-

renta y ocho escalones, que conducen á la iglesia subterránea, ó sea la del Sepulcro de la Santísima Virgen. Al entrar, se encuentra luego el peregrino, mirando hacia los lados, unos porteros, que cual los del Santo Sepulcro, ríen, fuman y hasta tienen allí su cama donde duermen. ¡Quiera Dios abreviar el tiempo de la prueba y que estos monumentos de tanta estima los recuperen los latinos! Tan sólo se han descendido siete escalones, cuando en la pared de la derecha le señalan una abertura que aseguran, entre ellos Fray Lieven, es la capilla donde descansan los restos de Melisenda, esposa de Julio, rey de Jerusalem, muerta en 1161, mas otros dicen que por aquí se pasaba antiguamente á la Iglesia superior, de la cual habla Areulfo, en el siglo séptimo.

Sigamos adelante, y al contar veintiún escalones dirijamos la vista hacia la derecha y se presentará á nuestra vista una capillita muy pequeña, donde aseguran que los dos altares que allí se ven están levantados sobre los sepulcros de los padres de la Santísima Virgen, San Joaquín y Santa Ana, siendo el de la izquierda el que des-

cansa sobre la tumba del primero, y del lado opuesto el de la segunda.

Frente casi á este sitio, en la pared de la izquierda, hay otra capilla, todas muy humildes, lóbregas y tristes lo mismo que toda la Iglesia, pues sólo la lánguida luz de las lámparas lo iluminan, la que no es suficiente, y la figura que tiene le da un aspecto aterrador; se parece á las catacumbas de Roma. En esta capillita de la izquierda levántanse también dos altares, donde se veneran los sepulcros de *Sr. San José esposo castísimo de la Inmaculada Virgen María*, y el de Simeón el anciano que en sus manos tomará al pequeñito Jesús, cuando en el Templo fuera presentado. El primero está en la dirección de Norte á Sur, y el segundo de Este á Oeste. La arquitectura que de aquí hasta la puerta se nota, es muy distinta, y se cree que fué debida á los Cruzados, cuando restauraron la Basílica.

Concluamos de descender y penetremos en la Iglesia subterránea, abierta en parte en la roca, la que tiene la forma de una cruz latina, y su extensión es de 30 metros de longitud, y 8 de latitud. Las pocas aberturas que tenía han sido tapiadas, lo

hace que falte enteramente la luz, y carece de toda clase de adornos. En el lado Oeste hay una cisterna y un altar donde celebran los Coptos; pero muy pobre y triste como todo lo de estos pobres. A la parte norte que forma la cruz, se sube por una escalera de ochenta y ocho escalones, donde se encuentra un subterráneo abovedado, de doce metros de largo por tres de ancho. Vamos ahora á ver ¿qué mi Dios? el altar que en el lado Este ó sea en el lado derecho de la cruz, se ve y es nada menos el *templete que encierra la Tumba de la Virgen Santísima*, el que está tallado ó abierto en la misma roca, y aislado como el Santo Sepulcro; mas su forma es algo circular, y remata con una cúpula, que hoy apenas se percibe. Como siempre está cubierto de viejos tapices, es difícil ver sus paredes, las que en lugar de esto ostentaban antiguamente finísimos mármoles. No puede el peregrino dar vuelta al rededor porque el lado Sur está cerrado en el ángulo S. E. por un muro, que va directamente á unirse con la pared Sur exterior, del brazo derecho de la Iglesia. Dos puertas dan ingreso al interior, que forma una pequeña capillita, en la que apenas podrán

caber 4 ó 5 personas, una está por el Norte, y la otra por el Sur; un gran número de lámparas alumbran este obscuro y santísimo lugar, y sus paredes están también adornadas con tapices menos usados que los del exterior, y aquí es donde se venera el *Sepulcro de la Virgen*, es decir el lugar donde tres días estuviera depositado este cuerpo purísimo, pues sabido es que los ángeles se encargaron de trasportarla á los cielos, donde la proclamaron su Reina y Señora; está abierto en la peña, revestido todo de mármoles, y mide un metro de alto y 1.58 de largo, por 65 centímetros de ancho.

En este lugar puede ganar el peregrino la indulgencia plenaria que por la munificencia de los Sumos Pontífices se le ha concedido.

En apoyo de la tradición acerca de este punto, oigamos el siguiente hecho histórico. Siendo Obispo de Jerusalem en el siglo V Juvenal, fué suplicado por la emperatriz Pulqueria que creía descansaban los restos de la Madre de Dios en la tumba de Getsemaní, para que le mandara unas reliquias. El prelado deseoso de satisfacer los piadosos deseos de esta santa emperatriz, abrió

la tumba y ¡oh portento! se encontró con que nada había, y patente fué para muchos que ahí se encontraban la gloriosa Asunción á los Cielos de la que Madre había sido del Redentor de la humanidad, y sólo vió ó encontraron las piadosas mortajas, de las cuales una parte envió á la santa, con el siguiente recado: *¿No sabías que la Virgen se había ido en cuerpo y alma al Cielo? ¿Cómo os puedo mandar reliquias de su virginal cuerpo, habiendo sido glorificado al tercer día, como el de su Divino Hijo Jesús, nuestro Redentor?* Satisfecha y con sobrada razón la emperatriz, y más tarde santa, con haber obtenido cuanto hubiera podido de la Bienaventurada Virgen María, mandó luego construir en Constantinopla la iglesia llamada de las Balquernas para guardar allí los preciosos objetos que había recibido.

Saliendo de este lugar, mirando al E. se ve la pequeña capilla de los Sirios y á la derecha en el fondo del ábside la de los griegos, siendo ambas más modernas. Al lado S. del templete, los árabes tienen en Mihrab un oratorio.

Hemos ya terminado nuestra ligera reseña del lugar donde levantada se encuentra

la Basílica de la Asunción de la Santísima Virgen y por lo mismo nos vamos ya retirando, á fin de estar á las cinco en el convento de las *Reparatrices*, donde invitado fué el Sr. Obispo para ir á cubrir, y nosotros para asistir. Como ya se aproxima, necesitamos pronto montar en nuestros burritos y con precisión hacia ese lugar dirigimos. Saliendo de este sitio atravesamos un puente de mampostería, y en la enercijada que se encuentra uno subiendo para el O. y tomando luego para el N., allí donde se divide el camino en dos, se ve una roca blanca que la tradición señala como el lugar en el cual fué apedreado San Esteban, primer mártir de la religión, de quien se apoderaron algunos fanáticos, al ver el gran celo que en su pecho ardía por la religión santa que profesaba, condenándole al cruel suplicio de ser apedreado junto á los muros de la ciudad. En este lugar se gana indulgencia parcial. No espere el lector ó el peregrino encontrarse con algún monumento, que se haya erigido en memoria de tal suceso. Sólo existe la piedra y se acabó.

Saliendo de la puerta llamada de *Herodes* se encuentra uno, como dos minutos después,

andando á la derecha, un camino entre dos muros de piedra, y dirigiéndose la vista sobre la colina Bezeta verá abrirse una puerta que da entrada á la *gruta del profeta Jeremías*, lugar donde compusiera sus inspirados trinos y patéticas lamentaciones que la Iglesia Latina usa en su oficio divino los días de la Semana Mayor. Al entrar se encuentra uno á la mano derecha con varios sepulcros de santones, tenidos por los musulmanes en gran veneración, y en el pequeño patio una cisterna que aun se conoce con el nombre de prisión de Jeremías, á la que fué arrojado el santo. Puede asimismo verse aquí el lugar donde dicen descansaba el santo profeta, y se denomina lecho de Jeremías, pero es necesario hacer uso de una escalera que ya preparada tiene el guardián. Está enteramente abandonado este lugar que 600 años antes de Jesucristo ocupara Jeremías y entregado casi está á las inclemencias del tiempo, siendo el gobierno turco el dueño de este monumento.

Encima se ve una colina que sirve ahora para dar sepultura á los musulmanes y ciertos correligionarios que son tenidos por ellos como santos, y aquí también varias

tardes se reúnen los protestantes, los hijos de Lutero presididos por un yankee que les predica, canta y quién sabe cuántas cosas hace, esto es mientras concluyen el templo que para sus cultos están levantando.

En fin, las cinco y media van á ser; cerca estamos de las monjitas que ya en otra ocasión, cuando estábamos en Roma y cuando nos ocupamos de esta ciudad, las dimos á conocer. Pues bien, sin que antes no vaya por tierra el burrito en que iba el Sr. Canónigo Romero, logrando por suerte detenerse, no podíamos dejar los que todos traíamos, lo que hicimos frente á la puerta. Luego que penetramos se revistió el Ilmo. Sr. Fierro, y le acompañaron como ministros el Sr. Canónigo Romero y el P. Romo, los que penetrando ya revestidos al altar mayor se hincaron en medio, mientras las monjitas cantaban lo que tienen de costumbre que fué bien poco y luego entonaron el *Tantum Ergo* y cantada la Oración por el Ilmo. Sr. Obispo, nos dió la bendición y eubrió, objeto que á ese lugar le había llevado. Acto continuo, las monjitas nos dieron una sorpresa y fué que comenzaron á cantar en español lindísimo y con la misma to-

nada que aquí se acostumbra los primorosos versitos *Corazón Santo, Tú reinarás, Tú nuestro encanto siempre serás*. Todos nos sentimos conmovidos aun el Sr. Obispo, según lo manifestó luego que salimos de la sacristía y nos fuimos á la sala. Nos parecía no ser extranjeros, ni estar tan lejos, sino que nos encontrábamos en nuestra hermosa tierra.

Unas tarjetitas que contenían algunas figuritas hechas de rosas disecadas recogidas en esos santos lugares y hechas por las mismas monjitas nos fueron obsequiadas, así como una copita de vino y una tacita de café, esmerándose las pobres, sin encontrar que ofrecernos. Unos breves momentos ya sólo pudimos estar, porque era ya tarde; la cena nos esperaba, pues en Casa Nova se hace á las siete y sino el *cativo* de Ventura se enoja. Los burritos ya no aparecen, de suerte que corteses y muy agradecidos nos despediremos y hacia nuestro hospedaje iremos, hermanos peregrinos, pasando por la casa donde están los misioneros protestantes. Pues bien, á las siete ya escuchábamos el eco melodioso de la campana que nos llamaba y el segundo no lo pasamos desa-

pereibido; todos reunidos estábamos ya en el comedor, curioseando mientras que nos sentábamos los objetos que el bueno de Ventura tiene para vender á los peregrinos.

Terminado ha sido y felizmente el 25 de Marzo de 1898, día en que la Iglesia celebra la Encarnación del Divino Verbo en las entrañas purísimas de María y mañana, con el favor de Dios, los veintisiete peregrinos pasaremos la noche en *Jericó*, según parece lo determina el Ilmo. señor Obispo, por las órdenes que acaba de dar para que todos los que deseen verificarlo avisen y estén con la debida oportunidad, porque temprano hay que partir á fin de tener tiempo para llegar hasta el Mar Muerto.



CAPITULO DECIMO CUARTO.

Jericó.—Casa de Zaqueo.—Jordán.—Mar Muerto.—
Monte Nebo.

AMANECIO el 27 de Marzo y temprano nos fuimos repartiendo á distintos lugares para celebrar el Santo Sacrificio, pues así se hacía diariamente, según la devoción de los peregrinos, pues unos se iban al Santo Sepulcro, otros á San Salvador, otros con las Reparatrices, otros á la gruta de la Agonía, y así indistintamente. Yo me dirigí á las seis al Santo Sepulcro y allí luego fuí atendido, permitiéndome ocupar el altar que se encuentra á mano izquierda, saliendo de la sacristía y es nada menos donde después de la Resurrección se apareció el Divino Maestro